

samente para admiracion de todos, una mala capa española, ó un chaleco al que no acompaña un pantalón; otros en fin, cubiertos con un miserable pantalón, puesto por lo regular del revés, llevan en la cabeza un kepis sin visera ó un sombrero de copa muy alta. Nada hay mas cómico que estos estafalarios vestidos, llevados por hombres cuya habitual gravedad no sufre alteracion ni aun durante aquellas fiestas en las que está prohibida la risa.

Los hombres se colocan en una sola fila mirando á Oriente, y plantan sus lanzas en una línea cuya perfecta regularidad halaga la vista; las mujeres vienen luego á ocupar el puesto de sus maridos, quienes,

después de apearse, vuelven á formar una segunda fila á espaldas de ellas. Entonces empieza el baile, sin mas cambio de lugar que de derecha á izquierda; las mujeres cantan y se acompañan dando golpes sobre un tambor de madera, cubierto con una piel de gato montés abigarrado de diferentes colores; los hombres brincan sobre sí mismos, cojeando con la pierna opuesta á la de la mujer, y soplan con toda su fuerza en un pedazo de junco hueco que produce un sonido descomunal. Este conjunto presenta el aspecto mas original, atendida la oposicion de los movimientos de una y otra parte.

A una señal del cacique que preside la fiesta, re-



M. Guinnard, atormentado por el hambre, encuentra y mata un puma.

suenan gritos de alerta; los hombres montan presurosamente á caballo, interrumpiendo así bruscamente la danza para entregarse á una fantástica cabalgata, que da tres vueltas por el lugar de la fiesta. En los intervalos que dejan estas desenfadadas carreras, todos se visitan abrigando la esperanza de probar un poco de leche podrida en un pellejo de caballo, manjar de los mas exquisitos, en su concepto, y que les produce, no obstante, el dulce efecto de una abundante purga. En la mañana del cuarto día, un potro y un buey, regalados por los mas ricos, son sacrificados en honor del dios, después de haberlos derribado en tierra con la cabeza vuelta hácia el Oriente. El cacique designa un hombre para que abra el pecho de cada víctima, y le arranque el corazón, que, aun palpitante, es suspendido de una lanza. Entonces, la apiñada y curiosa muchedumbre, fijos los ojos en la sangre que brota de una larga incision, forma augurios casi siempre favorables para ella, y se retira á sus habitáculos pensando en que Dios les favorecerá en todas sus empresas.

La segunda fiesta tiene por objeto conjurar á

*Huacucu*, director de los espíritus del mal, para que aleje de ellos todos los maleficios.

Como en la primera fiesta, los indios se adornan con lo mejor que tienen, y se reúnen en tribus con sus respectivos caciques á la cabeza. La rennon de todo el ganado se verifica en masa, y los hombres forman alrededor un doble círculo, marchando sin cesar en sentido contrario, para que ninguno de aquellos fogosos animales se escape; invocan á *Huacucu* en alta voz, y vierten gota á gota leche fermentada que les llevan las mujeres, al mismo tiempo que dan la vuelta alrededor de los animales. Después de repetir tres ó cuatro veces esta ceremonia, vierten sobre aquellos la leche restante, á fin, segun dicen, de preservarlos de toda enfermedad; luego cada uno separa su parte y la lleva á alguna distancia, para reunirse de nuevo en torno del cacique, que después de pronunciar un largo y vehemente discurso, les estimula á que se preparen sin tardanza á salir al encuentro de los cristianos para aumentar su botín.

Todos reconocen la sabiduría de este consejo, y



El sacrificio del caballo entre los patagones.

agitan sus armas rogando á Huacuvu que las bendiga y las convierta en sus manos en instrumentos de felicidad para su tribu, y de desgracia para los cristianos.

Las mujeres en la Patagonia.—Eleccion, desposorios y matrimonio.—Divorcio.—Nacimiento; la vida del niño discutida por el padre y la madre.—Perforacion de la oreja.—Funerales.

En los pueblos cuyos rasgos principales acabo de bosquejar, ¿qué puede ser el matrimonio? Para el hombre es únicamente un tráfico ó cambio de objetos y diferentes animales, por una mujer. En este mercado, los padres no entregan el objeto sobre que versa el negocio sino cuando el comprador es rico y generoso.

El patagon que, deseando casarse, ha elegido alguna jóven su vecina, va á visitar alternativamente á todos sus numerosos parientes y amigos, á quienes comunica su proyecto; y cada uno de éstos, segun su grado de parentesco ó de amistad, le da consejos y su aprobacion; luego agrega á un breve discurso un agasajo destinado á aumentar las probabilidades de buen éxito. Estos agasajos son por lo regular caballos, bueyes, estribos y espuelas de plata muy toscamente fabricados, y producto de sus cambios con los indios sometidos.

Una vez fijo el día en que ha de pedirse la novia, toda la familia del pretendiente se reúne á él y va á colocarse aquella noche á la puerta de la casa de la futura esposa, para poder, desde que raya el día siguiente, sorprender de improviso al padre y á la madre de la prometida, y hablar de la comision de que se han encargado.

Entablan la peticion en los términos mas poéticos y delicados, sin que en manera alguna les arredre la mala acogida que se les hace las tres cuartas partes del tiempo; pero si se vislumbra alguna probabilidad de buen éxito, uno de ellos se separa de la comitiva y va á participar al pretendiente, quien, segun las reglas del decoro pampeano, se mantiene alejado á cierta distancia con sus obsequios. Muchas veces su llegada decide el asunto, porque la vista de éstos produce casi siempre en aquella estúpida gente una completa reaccion; su arrogante altivez desaparece bajo una sonrisa de satisfaccion que determina su asentimiento al solicitado himeneo. El resto del día se pasa en familia. Una burra muy gorda, que el novio sacrifica, es partida y preparada en un momento por las mujeres. Ningun miembro de la reunion debe ausentarse hasta que termina el banquete, despues del cual es de regla que no queden de la burra sino los huesos y el pellejo; los huesos, roídos con el mayor esmero, se reúnen y entierran

en un lugar público, en memoria de la union que desde aquel momento queda realizada.

Finalizada esta ceremonia, todos se preparan á seguir á los nuevos esposos, en cuyo hogar se repite el banquete. Los padres acompañan á su hija, no olvidando llevarse el pellejo de la burra devorada aquella mañana; y al llegar al sitio habitado por el yerno, lo regalan á los recién casados, aconsejándoles que se hagan con él un abrigo.

En los días siguientes, multitud de curiosos se suceden sin interrupcion, visitando á la nueva pareja, para preguntar á la mujer cuáles son las cualidades de su marido, y para informarse por conducto de éste, de las prendas de su mujer. Estas preguntas son harto minuciosas, y en ellas dominan una naturalidad y una indiscrecion increíbles.

Para adquirir fama de bueno y amable, es preciso que el nuevo marido esté siempre dispuesto á ofrecer carne ó tabaco, dirigiendo además algunas palabras corteses á cada uno, aunque sea á sus mismos enemigos, en el caso de que los tenga.

Si ocurre que despues de una cohabitacion mas ó menos larga, los esposos no aciertan á simpatizar entre sí, se separan por mútuo acuerdo, sin que los padres opongan la menor dificultad para restituir los objetos que han recibido de su yerno, el cual tampoco titubea en dejarles algunos, como en compensacion; pero estos casos son muy raros, porque los esposos en lo general congenian perfectamente.

En los casos escepcionales en que la mujer reclama la separacion, á causa de violencias y malos tratamientos, los padres de la querellante se coligan y arman para recobrarla á viva fuerza, lo cual se convierte en un germen de odios implacables por ambas partes, porque entonces el marido, no solo pierde á su mujer, sino tambien las dos terceras partes de los objetos que ha dado para lograrla.

No obstante, si las causas de los malos que el patagon hace sufrir á su mujer, tienen por motivo la infidelidad de ésta, le son conservados su autoridad y sus derechos, pudiendo matarla, asi como tambien á su cómplice, sin que se le suscite obstáculo alguno; pero lo mas comun es que prefiera conservar su mujer, y someter á rescate al adúltero, á quien queda siempre el derecho de rescatar su vida, si tiene medios para hacerlo. Pero ocurre tambien con frecuencia, y de ello he sido testigo, que sin riñas y sin motivos valederos se entabla la acusacion á consecuencia de un cálculo y de una codicia, á las que el acusado no puede sustraerse.

Los patagones no dispensan á sus mujeres de ningun trabajo, ni aun durante la época de la gestacion. Siempre se ve á aquellas mujeres ocupadas, ya de una cosa ya de otra, mientras el hombre descansa todo el tiempo que no emplea en la caza ó en el

cuidado de sus rebaños. Cuando mudan de residencia, la mujer es tambien la encargada de quitar y llevar la tienda, y de llevar las armas de su marido.

Por lo demás, la Providencia, que á ningun desvalido abandona, concede á aquellas pobres mujeres el don de parir con una facilidad sorprendente y sin necesidad de ageno auxilio. No bien nace la criatura, se bañan con ella en agua fria, y vuelven á entregarse inmediatamente á sus habituales faenas, sin que de semejante método les resulte nunca la menor indisposicion.

La existencia del recién nacido queda sometida al fallo del padre y de la madre, que deciden acerca de su vida ó de su muerte. Si tienen por conveniente deshacerse de él, lo ahogan y lo llevan á corta distancia, donde es presa de los perros salvajes ó de las aves de rapiña. Si se le considera digno de vivir, es objeto desde aquel momento de todo el amor de sus padres, quienes, en caso necesario, arrostran las mayores privaciones para satisfacer sus mas pequeñas exigencias. Su madre lo amamanta hasta que cumple tres años, y á los cuatro se le perforan las orejas; esta ceremonia, que forma época en la vida de los patagones, y reemplaza entre ellos el bautismo, se verifica como sigue.

Hácese tender en el suelo á un caballo que el padre entrega á su hijo, sea cual fuere el sexo de éste, y se la atan fuertemente las patas; acuéstase en él al niño, adornado de pinturas y rodeado de sus padres y amigos, por el jefe de la familia ó el de la tribu, quien le perfora las orejas con un hueso de avestruz bien afilado; luego, el operador hace pasar por cada agujero un pedacito de metal cualquiera, destinado á ensanchar los agujeros practicados.

Como en todas sus grandes fiestas, una burra hace el gasto del banquete, los parientes próximos se reparten los huesos de las costillas, y cada uno deposita el que ha roído á los pies del niño, comprometiéndose á hacerle un obsequio cualquiera. Para poner digno término á la ceremonia, el que ha operado la perforacion de las orejas hace á cada uno con el mismo hueso de avestruz una incision en la piel de la mano derecha, en la base de la primera falange del dedo índice. La sangre que sale de esta herida voluntaria se ofrece á Dios como un sacrificio propiciatorio.

Desde aquel momento empieza la educacion del niño, el que, al llegar á cinco años, monta sólo á caballo y es útil á su familia, como custodio de los rebaños; su padre le enseña á manejar el lazo, las bolas, la lanza y la honda. A los diez ó once años, época de la vida en que está tan desarrollado como un europeo de veinte y cinco, su instruccion es completa, y coopera á las razzias y los saqueos.

Las patagonas siguen por lo regular en las espedi-

ciones guerreras á sus maridos, y mientras éstos luchan con los soldados ó los colonos, ellas reúnen y arrebatan los rebaños con gran presteza, ayudadas por sus hijos. Estos salvajes no carecen de arrojo, y no retroceden al primer choque de un encuentro formal; los que caen en la refriega son trasladados á sus casas; pero si mueren en el trayecto son enterrados atropelladamente y sin ceremonia alguna. Los que espiran bajo la tienda y en el seno de su hogar, son, por el contrario, enterrados con gran pompa.

El cadáver, cubierto con sus mejores adornos, es tendido sobre un pellejo de caballo; á cada lado de él se colocan sus armas y sus objetos mas preciosos, como espuelas, estribos de plata, etc.; despues de lo cual, el pellejo, arrollado sobre los restos mortales, se ata fuertemente de trecho en trecho. Colócase luego el cadáver, asi envuelto como una momia, sobre el caballo favorito del ya difunto, al que se rompe previamente la pata izquierda delantera para que su marcha cojeante aumente la tristeza de la ceremonia.

Todas las mujeres de la tribu se reúnen á las viudas del difunto, prorumpiendo en agudos gritos y la *ayudan* á llorar; por lo comun, los hombres, despues de pintarse manos y rostro de negro, escoltan el cadáver hasta la eminencia mas próxima, en cuya cima abren la sepultura. Ya depositado en ella y cubierto el cadáver, matan allí mismo el caballo conductor de los despojos de su dueño. Otros muchos animales, como caballos y carneros, sufren la misma suerte, pues están destinados, segun la creencia de aquella gente, á servir de alimento al muerto, que en concepto de la misma, no ha renunciado á la tierra sino para ir á vivir á un mundo desconocido.

Los objetos de ningun valor dejados por el difunto, y hasta el pellejo que le sirvió de abrigo, son arrojados al fuego, para que de él no quede ningun recuerdo.

Las mujeres, despues de haber gritado terriblemente, y de haber llorado muchos días consecutivos, acompañan á la viuda al hogar de sus padres, á cuyo lado está obligada á permanecer por espacio de mas de un año sin contraer enlace alguno, bajo pena de muerte para ella y su cómplice.

Continuacion de mi cautiverio.—Vendido y vuelto á vender.—Proyectos de fuga.—Leccion sangrienta de prudencia y disimulo.—Nuevos pensamientos de suicidio.—Un dueño humano por avaricia.—Razzias.

Fácil es comprender que para un esclavo como yo no fue obra de algunos días, ni aun de algunos meses hacer las diferentes observaciones que sumariamente acabo de esponer á la vista del lector. Habiendo caído, como ya he dicho, en manos de los Poyuches, fuí llevado primero á las llanuras frias, agrestes

y estériles del Mediodía, donde los vientos impetuosos y los súbitos cambios de la atmósfera, caracteres inherentes á las estremidades polares de los grandes continentes, se manifiestan con mas violencia quizá que sobre cualquier otro punto peninsular del globo. Despues de muchos meses, vendido por mi primer dueño á otro, y luego cedido á otro, fuí conducido, de venta en venta y de tribu en tribu, hácia el Norte, mas allá del rio Colorado.

Pero el cambio de lugar no era un cambio de condicion ú ocupaciones; mis dias eran cruelmente largos y tristes, y pasaron muchos meses antes de que me hallase en estado de hablar, siquiera muy im-



M. Guinnard disputa á los perros su alimento.

brar su libertad; pero habiendo vuelto á caer en poder de los indios, despues de una larga persecucion, fueron conducidos de nuevo á casa de sus dueños; condenados por éstos á muerte, se les colocó en medio de un círculo de indios á caballo, que los mataron á lanzadas. Ví á los asesinos revolver, exhalando ahullidos de júbilo, la punta de sus armas en cada una de las heridas de que acribillaban los cuerpos de sus víctimas. Desfilaron luego por delante de mí, mostrándome con intencionada afectacion sus lanzas, en las que la sangre de aquellos infelices humeaba á lo largo de las astas, y amenazándome con el mismo castigo si intentaba evadirme. Mucho me costó reprimir el rencor y la pena que me causó el no poder socorrer á mis compañeros de infortunio; y el horror que me inspiraban sus verdugos aumentó en proporcion de la enormidad del crimen de que habia sido forzado espectador.

Dios permitió que el continuo recuerdo de mi familia y mi patria sostuviese mi valor, porque las rudas pruebas porque hube de pasar sólo contribuyeron á robustecer mi voluntad de librarme del infame yugo en que habia caído.

perfectamente, la lengua de mis dueños. Sólo tenia una idea fija: la de la fuga; pero no me era posible ponerla en ejecucion, así por falta de ciertos datos indispensables, como por mi ignorancia de aquel bárbaro idioma.

Mas de un año habia trascurrido cuando un incidente trágico, horroroso, vino á darme lecciones de prudencia y á imponerme el mayor disimulo. Algunos jóvenes argentinos habian caido prisioneros como yo, y su suerte debia ser igual á la mia; la mayor parte de ellos, confiando en su costumbre de orientarse en las pampas limítrofes de su patria, y en su destreza en domar caballos, intentaron reco-

En lo sucesivo mostré un semblante tranquilo y sereno, y sólo daba rienda á mi dolor en los pocos momentos en que me hallaba sólo en presencia de Dios. Apliquéme con empeño á aprender el indio, y ví recompensados mis esfuerzos con los progresos que hice en este estudio; pero pensando con razon que los indios continuarían hablando en plena libertad delante de mí, mientras les pareciese que ignoraba su gerigonza, procuré cuidadosamente obrar de modo que no sospechasen que prestaba oído á sus conversaciones, que mas tarde, como lo habia previsto, me fueron muy provechosas, porque las útiles noticias que me proporcionaron contribuyeron no poco á mi feliz evasion.

Tres años sobrellevé aquella cruel existencia, abrumado sin cesar de amargos pensamientos, y agitado todas las noches por terribles ensueños. Muchas veces intenté recobrar mi querida libertad; pero siempre tambien imprevistos obstáculos desconcertaron mis planes, faltando poco para que pagase con la vida mis infructuosas tentativas, y mas de una vez hube de entrar en lucha con mis asesinos. Gracias á Dios, nunca en tan críticos momentos me abandonó

la sangre fria, y siempre algunos subterfugios mas ó menos plausibles, pero harto escusables atendida mi posicion, me permitieron sustraerme á una muerte segura. Hasta catorce tentativas hice de fuga; pero como cada una de ellas aumentó la desconfianza de los indios y empeoró mi situacion, llegué á abrigar el designio de librarme de mi suplicio, poniendo fin á mis dias. Al efecto me apoderé de un cuchillo, y me deslicé sin que nadie lo advirtiese,—tal por lo menos era mi persuasion,—en una escavacion pedregosa abierta á cierta distancia en la pampa. Habia invocado ya la clemencia divina y levantado el brazo para darme la muerte, cuando una mano enemiga cogió de improviso el arma asestada contra mi pecho. Era un patagon, era mi dueño, que juzgando con razon que la muerte me parecia mas dulce que el género de vida á que me condenaba, no vió en mi desesperada resolucion sino un atentado á sus derechos de propiedad; así, pues, me hizo saber que ninguno de mis movimientos se ocultaria en lo sucesivo á su esquisita vigilancia. Los servicios que le prestaba tenian, por lo visto, algun valor á sus ojos, toda vez que á ningun precio queria verse precisado á hacer por sí mismo lo que diariamente me mandaba ejecutar.

Los patagones hacen frecuentes razzias de ganados en las fronteras de las repúblicas hispano-americanas, y desplagan extraordinaria astucia en engañar á algunos soldados encargados de atender á la seguridad de las estancias. Un escaso número de ellos amenaza ciertos puntos, sin mas objeto que atraer hácia allí la fuerza armada de las pequeñas poblaciones vecinas, mientras el grueso de sus fuerzas se traslada á los puntos desprovistos de defensa, que invaden fácilmente, matando á su paso todos los hombres que encuentran, sin perdonar á las mujeres de avanzada edad. Llévanse las jóvenes y los niños, y los conducen á los lugares que habitan, para convertir á las primeras en sus concubinas y á los segundos en sus esclavos. ¡Cuántas desgraciadas jóvenes, robadas por aquellos bárbaros, y vendidas á las tribus distantes, acaban en un infierno terrestre una existencia comenzada muchas veces bajo los mas felices auspicios! Las desventuradas quedan separadas para siempre de sus familias, á pesar de todos sus esfuerzos. Por lo que respecta á los pobres niños, crecen en la innoble existencia de los nómades, olvidando hasta su lengua materna, aunque á decir verdad, son bien tratados por los indios, quienes, en consideracion á la tierna edad en que se hallaban al ser cogidos, les perdonan el haber nacido cristianos.

Nunca, los patagones, temerosos de perderme, hablaron de llevarme á sus expediciones guerreras. Lejos de ésto, me veia mas rigurosamente vigilado durante sus frecuentes ausencias, por otros indios desti-



El juego del teboekah ó del cayado.